

# La industria del conspiracionismo

Redes sociales, mentiras de Estado  
y destrucción del planeta

MATTHIEU AMIECH

Traducción de Salvador Cobo

*Colección El Martillo de Enoch, 17*

**Primera edición:** Octubre de 2024

*L'INDUSTRIE DU COMLOTISME*

© Éditions La Lenteur, 2023. All rights reserved.

Published by arrangement with eddy agency

**Título:** *La industria del conspiracionismo*

**Subtítulo:** *Redes sociales, mentiras de Estado y destrucción del planeta*

**Título original:** *L'industrie du complotisme. Réseaux sociaux, mensonges d'état et destruction du vivant*

**Autor:** *Matthieu Amiech*

**Imagen de cubierta:** *Les songes drolatiques de Pantagruel, François Desprez (1565)*

**Diseño y revisión:** *El Salmón*

**Maquetación:** *Andrés Devesa*

**Traducción:** *Salvador Cobo*

**Impreso por:** *Kadmos*

**ISBN:** *978-84-127628-4-6*

**Depósito legal:** *M-20506-2024*

**Para pedidos e insultos:**

Ediciones El Salmón

C/Taquígrafo Martí 2, bajo, 03004, Alicante

contacto@edicioneselsalmon.com

# Índice

INTRODUCCIÓN.....	9
I. EL CONSPIRACIONISMO:	
MISERIA DE LA PROTESTA SOCIAL, ESPANTAJO AL SERVICIO DE LAS CLASES DIRIGENTES.....	23
Confusión ideológica y una nueva estrategia para controlar el debate político.....	25
Yihadismo y compañía: las promesas traicionadas de internet.....	30
«Fake news»: la dudosa certificación de un flujo incontrolable de información.....	39
Covid-19: la obsesión del contagio.....	43
Las oligarquías no se ven amenazadas por el conspiracionismo.....	53
La supresión de la Historia y la pérdida de referencias políticas.....	60
II. LAS BASES OBJETIVAS DEL CONSPIRACIONISMO (I):	
LAS MENTIRAS SOBRE LA NOCIDIDAD DE LA INDUSTRIA.....	73
La gestación de Little Boy y Fat Man: ¿El mayor encubrimiento de la historia?.....	74
Sobre mentiras radiactivas y sus responsables.....	82

El complot de la industria del plomo.....	92
El complot de la industria del amianto.....	96
El refinamiento contemporáneo de la propaganda industrial....	100
La tecnociencia, indefendible.....	109
III. LAS BASES OBJETIVAS DEL CONSPIRACIONISMO (II):	
UN FUTURO SIN PORVENIR.....	115
¿El hundimiento nos pilla por sorpresa?.....	116
¿Habrá trabajo en Navidad?.....	121
La gran mentira de la transición ecológica.....	136
Electrificar, digitalizar, destruir.....	144
IV. MÁS QUE UNA CONSPIRACIÓN, UN PROYECTO POLÍTICO:	
INFORMATIZAR EL MUNDO.....	153
La carrera por la identidad digital: aceleración, rupturas... y continuidad.....	156
La digitalización es ante todo un proyecto industrial.....	163
El mundo sin contacto se instauró por primera vez sin imposiciones.....	173
Individuos y sociedades bajo el dominio del capitalismo digital.....	180
V. MÁS QUE UNA CONSPIRACIÓN,	
UN SISTEMA DE DOMINACIÓN SOCIAL... DE ALTA TENSIÓN.....	193
El ABC del capitalismo: abrir siempre nuevos mercados.....	195
Poblaciones cada vez más dependientes de la producción industrial.....	200
Una época apocalíptica, pero realmente no única.....	211
CONCLUSIÓN.....	219



Porque el secreto —eso que de forma diplomática llaman discreción, o también los *arcana imperii*, los misterios del gobierno—, así como el engaño, la falsedad deliberada y la mentira descarada empleadas como medios legítimos para alcanzar fines políticos, forman parte de nuestra historia desde que tenemos memoria.

Hannah Arendt, *La mentira en política*, 1969

¿Qué clase de rey, o potentado, es este nuevo enano Tracassin? Poderoso, despiadado, armado hasta los dientes. Un soberano como el mundo nunca había conocido antes. Su reino: el capital salvaje; sus conquistas: nuevos mercados; su ambición: el beneficio; sus fronteras: el mundo; sus armas: nucleares. Tratar siquiera de imaginárselo, de imaginárselo en su totalidad, entraña por sí solo poner en riesgo tu equilibrio mental, y casi exponerte al ridículo. El rey Tracassin nunca revela más de una parte de sí mismo a la vez. Su corazón-cuenta bancaria, sus ojos-televisión o su nariz-periódico en los que sólo ves lo que él quiere que veas y sólo lees lo que él quiere que leas. (¿Entiendes lo que quiero decir cuando hablo de riesgo para tu equilibrio mental?).

Arundhati Roy, «Políticas del poder: la reencarnación del enano Tracassin», 2000

## Introducción

El 17 de noviembre de 2020, en pleno segundo confinamiento de la población francesa justificado por el contagio y la peligrosidad del virus Sars-cov-2, *Le Monde* ocupaba su portada con un titular en el que instaba a luchar contra la «epidemia de conspiracionismo» que, afirmaban, estaba asolando la opinión pública. Con este titular sensacionalista y el artículo que anunciaba, los redactores del principal periódico de Francia reconocían el éxito del documental *Hold-up* en internet. Sin molestarse en refutar ninguno de los argumentos de este mediocre filme, los periodistas Abel Mestre y Lucie Soullier daban la voz de alarma:

Semejante éxito plantea interrogantes. Tanto sobre la forma en que se difunden los discursos conspiracionistas como sobre la manera de responderles. ¿Debemos hablar de ellos, a riesgo de darles publicidad? ¿No se corre el riesgo de poner en primer plano teorías que la mayoría de la población desconoce? ¿Cómo desmentir las afirmaciones falsas sin ser acusado a su vez de formar parte de la conspiración?<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Abel Mestre y Lucie soullier, «L'épidémie de Covid-19 et la popularité des théories complotistes en France», *Le Monde*, 17 de noviembre de 2020. Al final del primer capítulo el lector encontrará mi crítica al documental *Hold-up*.

Una semana más tarde, en la parte inferior de la portada del mismo diario, controlado por Xavier Niel —propietario de Free, proveedor de servicios de telefonía e internet—, Mathieu Pigasse —importante banquero de inversiones— y Daniel Kretinsky —multimillonario checo—, aparecía un anuncio de Plastic Omnium, empresa especializada en el almacenamiento de combustible. El anuncio consistía en la simple imagen de un vaso de agua, acompañada (debajo) del *hashtag* #Hydrogenrevolution y (arriba) del eslogan «Eso es todo lo que emites cuando circulas con hidrógeno». El significado implícito del anuncio se desarrollaba en otras piezas de esta campaña de relaciones públicas que promovía, sobre todo en las redes sociales, la posibilidad de un coche limpio: «Conducir con hidrógeno significa no emitir nada más que agua, sin emisiones de CO<sub>2</sub>».

Sin embargo, incluso si pasáramos por alto el «detalle» de que casi la mitad de las partículas finas emitidas por un vehículo con motor de combustión proceden de la abrasión de los frenos, de los neumáticos y del asfalto —y no del combustible—, esta publicidad constituye igualmente una grave manipulación, ya que pasa por alto el hecho de que el hidrógeno se produce industrialmente. En el momento del lanzamiento de esta campaña, «más del 95% del hidrógeno producido en el mundo [procedía] del metano, del petróleo o del carbón, mediante procesos muy contaminantes, sobre todo en lo referido a la emisión de gases de efecto invernadero<sup>2</sup>».

Uno de los objetivos de la industria y de los gobiernos es que, a largo plazo, una parte importante del hidrógeno sea producido mediante el proceso de electrólisis del agua. El problema es que esto requiere tanto la fabricación masiva de gigantescos electrolizadores, un proceso que por sí mismo entraña un enorme consumo de energía en cuanto a metales más o menos raros y productos tóxicos; así como el suministro de considerables cantidades de

---

<sup>2</sup> Celia Izoard, «L'hydrogène, trop gourmand en énergie pour être écologique», *Reporterre*, 1 de febrero de 2021.



electricidad para hacer funcionar los electrolizadores. Por ejemplo, si quisiéramos hacer funcionar con hidrógeno los tres millones de camiones para el transporte de mercancías que circulan por las carreteras de Europa, sería necesario producir electricidad equivalente a la de ciento cincuenta y seis centrales nucleares, o a 10.000 km<sup>2</sup> de paneles solares (cuando hace buen tiempo), una superficie del tamaño aproximado de la región de París<sup>3</sup>.

Así, por un lado, los redactores de *Le Monde* consideran inadmisibles las imprecisiones y manipulaciones de un documental que cuestiona la gestión de la epidemia de Covid hecha por los gobiernos de todo el mundo, hasta el punto de considerar el éxito del documental como un síntoma de la degeneración mental de una parte de la población. Por otra parte, las burdas mentiras de una industria que pretende hacer pasar su actividad por «ecológica» no se cuestionan; parecen formar parte de lo que hay que aceptar (como solía decir el comentarista deportivo Thierry Roland, antes de dar paso a la publicidad en el descanso: «Hay que ganarse la vida»). Conviene tener presente que los ataques a la verdad en un periódico con semejante reputación de seriedad no se limitan a los insertos publicitarios. A diario, artículos de fondo y columnas de opinión promueven la idea manipuladora de una «transición energética y ecológica», cuando todo lo que describen es una clara huida hacia delante dirigida a un consumo cada vez mayor de recursos y actividades contaminantes<sup>4</sup>.

El mismo doble rasero se aplica en las emisoras de radio públicas y en ciertos canales de noticias 24 horas: por un lado, es inconcebible que den la palabra a científicos y médicos de prestigio que ponen en duda la gravedad extrema de la epidemia de Covid y que cuestionan elementos importantes de la estrategia «sanitaria» de

---

3 Según cálculos de los ingenieros del Atelier d'ecologie politique (cf. Celia Izoard, *ibid.*).

4 No obstante, no tendría sentido deducir de ello que leer *Le Monde* es completamente inútil, o que todo lo que ahí se dice es falso. Las cosas son más complejas, ya que sobre ciertos asuntos también se encuentran investigaciones de valor. Incluso en un tema tan estratégico como la transición ecológica, algunos artículos proporcionan con honestidad material para una crítica radical, como la que emprendo en el capítulo III.

las autoridades; por otro, no ven la menor urgencia en desautorizar con firmeza a las innumerables personas que, en el debate público, refuerzan la fantástica tesis de que las centrales nucleares favorecerían la independencia energética de Francia, cuando es un hecho bien establecido que las centrales nucleares francesas siempre han funcionado en nuestro país utilizando una tecnología —los reactores de agua a presión— desarrollada y dominada por los estadounidenses; y que casi la mitad del uranio necesario para su funcionamiento se importa hoy en día de Kazajistán, país bien conocido por ser aliado de la Rusia de Putin<sup>5</sup>.

El punto de partida de este libro es el sentimiento de malestar ante esta clase de incongruencias. ¿Cómo puede uno indignarse ante el conspiracionismo —una mentalidad basada en la convicción de que «se nos oculta la verdad y las verdaderas razones de los acontecimientos»— y pretender combatirlo, cuando se admite que la mentira prolifera por doquier? Habida cuenta de todo lo que sabemos de la sociedad moderna y de la historia de los poderosos «desde que tenemos memoria» (Hannah Arendt), ¿qué debería causarnos hoy más sorpresa? ¿La ingenuidad de quienes siguen dando crédito al lenguaje del poder y de los grandes medios de comunicación? ¿O la desconfianza por principio de quienes ya no creen en ninguna información oficial, llegando en ocasiones a visiones delirantes? ¿Qué resulta más desestabilizador, el desconocimiento sobre los mecanismos del poder que muestran los primeros, con el pretexto de que vivimos en un sistema más o menos parlamentario? ¿O la confusa fascinación de los segundos por los poderosos, que los lleva a sobrevalorarlos?

En mi opinión, las dos cosas resultan igual de preocupantes. Y en los tiempos convulsos en los que nos hallamos, al menos desde mediados de la década de 2010, la brecha entre estas dos mentalidades

---

5 Y luego está la importación de uranio enriquecido, directamente desde Rusia: «La France reçoit une importante cargaison d'uranium russe», *Reporterre*, 30 de noviembre de 2022.

(ingenuidad y desconocimiento por un lado; desconfianza y fascinación por el otro) sólo puede crecer. Con el riesgo, además, de que el debate público se vuelva (aún) más histérico e insustancial, y de que resulte (aún) más difícil construir un movimiento social a gran escala contra la oligarquía y sus planes muy reales.

En la cita que abre la introducción, la novelista india Arundhati Roy sostiene que es difícil comprender la dominación política contemporánea —el capitalismo industrial, en todas sus dimensiones— sin poner en riesgo nuestro equilibrio mental. Pero desde hace unos años, son también las consecuencias del capitalismo industrial, entre ellas las de naturaleza biofísica, las que se han vuelto dolorosas, casi insoportables de pensar. Al seguir avanzando, a pesar de las alarmas que llevan sonando desde al menos 1960, por la senda del desarrollo económico, nuestras sociedades están llegando a una situación próxima a lo inimaginable. No creo que sea exagerado decir que el equilibrio mental de todos nosotros se halla amenazado, o al menos puesto a prueba, y que cada vez lo estará más. No sólo por las catástrofes ecológicas en sí mismas, sino porque el hecho de que se produzcan pone en tela de juicio el estatus del conocimiento en sociedades que se definen como racionales.

El rasgo dominante de nuestra época es la impotencia del conocimiento, e incluso su aparente inutilidad. Nunca antes la humanidad se había visto abocada a una catástrofe de tal envergadura, y nunca antes había dispuesto de tanta información sobre lo que está aconteciendo. En el pasado, los seres humanos siempre cavaban su propia tumba sin saberlo. En el ámbito ecológico, la magnitud de los fenómenos implicados hacía que no tuvieran ni idea del impacto a largo plazo de sus actos; así fue como los pastores nómadas desertificaron el Sáhara. Antes de las grandes rupturas históricas —la Revolución Francesa, la Revolución Industrial, la Revolución Rusa, el ascenso del nazismo, las dos guerras mundiales— nadie habría podido adivinar lo que estaba a punto de suceder; el acontecimiento superaba incluso las previsiones más pesimistas. Pero ahora ya no tenemos la excusa de la ignorancia. Atrapados

entre estos precedentes históricos y las proyecciones de las tendencias [contemporáneas], estamos anegados en información. Y, sin embargo, por el momento, este conocimiento no parece estar sirviéndonos de mucho. En cierta medida, está incluso contribuyendo a paralizarnos<sup>6</sup>.

La propagación del conspiracionismo, así como la consolidación del anticonspiracionismo como arma ideológica esencial de las clases dominantes, no pueden separarse de esta crisis de la razón política. Dado que la población del mundo industrial no ha hecho valer la verdad esencial de los últimos cincuenta años —que la producción y el consumo de masas están destruyendo las condiciones de vida en la Tierra—, quien se ha apoderado de ella es la gran industria, que es ante todo la industria de la mentira. A las estrategias de negación y ocultación del calentamiento global por parte de los grandes grupos petroleros y sus intermediarios en los aparatos del Estado<sup>7</sup>, ha seguido la organización de la transición energética por parte de los mismos actores, que pretenden «descarbonizar» la economía para que pueda seguir el ritmo de su propio desarrollo, ahora con un toque verde. En ambos casos, podemos hablar de conspiraciones hasta cierto punto, como por ejemplo hace Bruno Latour en *Dónde aterrizar*<sup>8</sup>, pero se trata sobre todo de conspiraciones contra la verdad.

La propaganda al estilo de Trump en las redes sociales, que niega el vínculo entre el calentamiento global y la actividad de

---

6 Bertrand Méheust, *La Nostalgie de l'Occupation. Peut-on encore se rebeller contre les nouvelles formes d'asservissement?*, París, La Découverte, 2012, pp. 56-57. Sobre las causas de esta parálisis, léase todo el capítulo III de Méheust, «La catastrophe les yeux ouverts», del que se han extraído estas líneas; y, de René Riesel y Jaime Semprun, las páginas 17 a 28 de *Catastrofismo, administración del desastre y sumisión sostenible* (París, Editions de L'Encyclopédie des Nuisances, 2008), que desarrollan la idea fundamental de que «es la revuelta, el gusto por la libertad, lo que constituye un factor de conocimiento, y no lo contrario» [edición española por Pepitas de Calabaza, Logroño, 2020, trad. de Emilio Ayllón y Javier Rodríguez Hidalgo].

7 Estrategias muy bien documentadas por el geógrafo suizo Romain Felli en *La Grande Adaptation. Climat, capitalisme et catastrophe*, París, Le Seuil, 2016.

8 Bruno Latour, *Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política*, Penguin, 2019, trad. de Pablo Cuartas.

la industria, así como la de los medios de comunicación «legítimos», que alaban las medidas de «transición» destinadas a reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, son dos formas de propaganda que se responden y complementan mutuamente. El alboroto generado por su enfrentamiento contribuye en gran medida a impedir la aparición de una perspectiva colectiva lúcida. La puesta en escena de la lucha contra el calentamiento global es tan grotesca que permite que algunas personas crean que el propio calentamiento global es un engaño. Y a la inversa, la existencia de una corriente de escepticismo climático permite a los oligarcas de la Comisión Europea y de otros grandes organismos mundiales hacerse pasar por más ecologistas que el pueblo llano, al que consideran dispuesto a creerse cualquier cosa con tal de defender sus hamburguesas y sus coches diésel.

En este libro se combinan, por tanto, dos opciones políticas generalmente incompatibles. Por un lado, nos preguntamos cómo surge el conspiracionismo, no sin manifestar nuestra preocupación por la notable difusión del fenómeno, así como por las simplificaciones y la despolitización que este fenómeno acarrea. Pero también nos planteamos la cuestión de para qué sirve el anticonspiracionismo, denunciando la aceptación (resignada o entusiasta) del curso de los acontecimientos que se esfuerza por ocultar. Porque el anticonspiracionismo es una psiquiatrización de la crítica al poder, que resulta tanto más fácil cuando dicha crítica se muestra torpe y desarmada. Lo que yo propongo aquí es un enfoque político y social del conspiracionismo, que lo tome en serio y no tema explicar sus motivaciones.

Mis observaciones se asemejan, naturalmente, a algunos de los argumentos y planteamientos del *Manifiesto conspiracionista*, publicado a principios de 2022, y de *La Q di Qomplotto*, del italiano Wu Ming I<sup>9</sup>. Lo que me mueve es el mismo deseo de desbloquear

---

9 *Manifiesto conspiracionista* (anónimo), Logroño, Pepitas de Calabaza, 2022, trad. de

una situación ideológica completamente atascada por la secuencia de acontecimientos abierta por la aparición del Covid y su gestión tecnoautoritaria. Pero, como se podrá comprobar, no tengo la intención de distinguir entre complotismo y conspiracionismo, ni de darle la vuelta al estigma asociado a estos términos, como hace —aunque de forma brillante— el *Manifiesto conspiracionista*. Yo entiendo el conspiracionismo como un problema político para los partidarios de la igualdad y la libertad, un problema nacido de las patologías de la sociedad de masas, en primer lugar de la galopante digitalización de la vida. En este sentido, estoy siguiendo los pasos de dos textos menos conocidos escritos en 2021: *The Vaccine Moment*, de Paul Kingsnorth<sup>10</sup>, y «L'illusion au pouvoir», de Pierre Bourlier<sup>11</sup>.

La epidemia de Covid-19 ha sumido a nuestros países en una forma de Terror catastrofista, en la que una emergencia sanitaria sacralizada justifica el abandono de la democracia (sic) y la imposición de violentas transformaciones a la sociedad. Este giro ha vuelto aún más patente el autoritarismo neoliberal, el servilismo de los medios de comunicación y el dominio de los intereses comerciales sobre las actividades científicas y médicas, y ha permitido redescubrir las maquinaciones y las fantasías de las industrias digitales, biotecnológicas y nanotecnológicas, la «cuarta revolución industrial», esos grandes proyectos megalómanos y ese mercado de pequeños *gadgets* que convergen haciendo realidad una utopía que combina a Orwell y a Huxley. Se trata de realidades históricas bien documentadas desde hace décadas, tanto por sus promotores como por sus críticos (científicos, periodistas, activistas, «*whistleblowers*», etc.). Sin embargo, hoy en día se las

---

Emilio Ayllón; *La Q di Qomplotto. QAnon e dintorni. Come le fantasie di complotto difendono il sistema*, Wu Ming I, Edizioni Alegre, 2021.

10 *The Vaccine moment. Covid, control and the Machine* [El tiempo de las vacunas. Covid, el control y la Máquina], autoeditado por el autor en 2022, disponible en su página web: <https://www.paulkingsnorth.net/vaccine>

11 Artículo aparecido en la revista *L'Inventaire*, n° 11, otoño de 2021, Éditions La Lenteur, París.

equipara a «conspiraciones» extraordinarias y, por tanto, imaginarias. Se ha instaurado una enorme negación en medio de un ambiente de linchamiento intelectual, y se prohíbe decir lo que hasta marzo de 2020 parecía casi banal: ¡Hasta hablar de conflictos de intereses resulta ahora «conspiracionista»!

Sin embargo, en la situación actual, se vuelve muy difícil no dirigir la mirada hacia esas supuestas conspiraciones, habida cuenta de lo descomunal y estremecedora que resulta la ofensiva de las fuerzas históricas que están volviendo la vida cada vez más artificial, desposeyéndonos y encerrándonos en un mundo sin contacto ni autonomía. Se ha de reconocer que hay ingenieros, científicos, comerciantes, burócratas, vendedores de software, fondos de pensiones, compañías farmacéuticas, maniáticos transhumanistas, etc., que maniobran entre bastidores para imponer determinados sueños, proyectos y mercancías y fabricar su aceptabilidad. Afirmar que existen no es conspiracionismo; todo depende del papel histórico y moral que les atribuyamos<sup>12</sup>.

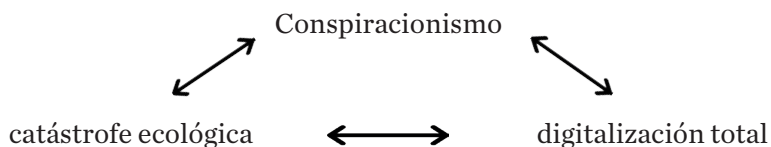
Bourlier y Kingsnorth coinciden en este diagnóstico general, pero hay una ligera diferencia entre sus posiciones. Bourlier insiste en el error del conspiracionismo, que consiste en sobrevalorar las maniobras de los oligarcas, creyéndolos todopoderosos, cuando en realidad muchos de sus planes para hacerse con la riqueza y el poder fracasan, entre otras cosas porque siempre hay varios planes compitiendo entre sí. En cambio, a Kingsnorth, en el contexto excepcional del Covid, le llama sobre todo la atención el hecho de que ciertas teorías de la conspiración logren mostrar elementos de verdad, aunque sea de forma burda y caricaturesca<sup>13</sup>.

---

12 Pierre Bourlier, «L'illusion au pouvoir», *op. cit.*

13 Véanse, en particular, las páginas 27 a 30, al principio del tercer capítulo de su breve ensayo «Qué pensar de Klaus Schwab». Estas páginas se asemejan a la observación que realiza Jean-Marc Royer al final de su libro *El mundo como proyecto Manhattan. De los laboratorios de energía nuclear a la guerra extendida a todos los seres vivos*: «Pero dada la potencia de los instrumentos de alienación, de dominación y de los gobiernos establecidos [...], la realidad sociopolítica está en vías de alcanzar estas visiones [delirantes], porque existe un totalitarismo democrático en vías de expansión» (edición en castellano de Pepitas & El Salmón, 2022, trad. de Mercedes Corral).

En las páginas que siguen, me moveré entre estas dos posturas, en un intento de superarlas. Mi objetivo principal será poner de relieve el elevado número de razones que existen para volverse conspiracionista en nuestros días, y la gran probabilidad de que esta mentalidad se vuelva omnipresente en los movimientos sociales de protesta en los próximos años. Con un toque de ironía, se podría sintetizar mi análisis de la siguiente manera:



La digitalización «total» de la vida social refuerza constantemente el conspiracionismo y agrava la catástrofe ecológica, que sin embargo se utiliza como pretexto para acelerar la digitalización. La angustiante degradación del estado del mundo alimenta también el conspiracionismo, que a su vez asegura la estabilidad del sistema social y, por tanto, la continuación de nuestra carrera hacia la destrucción. Si no se produce rápidamente un cierto número de sacudidas, la crítica social y las energías contestatarias podrían perderse para siempre en esta especie de triángulo de las Bermudas en el que se encuentran confinadas.

Antes de seguir desarrollando estas hipótesis, una breve puntualización sobre el vocabulario, que es también una forma de aclarar los presupuestos políticos de mi posición sobre este tema tan controvertido. Utilizaré con frecuencia los términos tecnocracia y oligarquía, además de los de clases dirigentes, élites y responsables políticos<sup>14</sup>. Estos últimos términos hablan por sí solos, pero no así los dos primeros.

<sup>14</sup> En el original figura *décideurs*, esto es, quienes toman las decisiones. En castellano, salvo excepciones, no se ha generalizado el uso del calco «decisores», de modo que será traducido por diferentes locuciones como *responsables (políticos, empresariales)*,



En los últimos años se ha generalizado el uso de la palabra «oligarquía», lo cual está plenamente justificado, aunque suelen emplearla personas cuyos puntos de vista y objetivos no comparto. Yo la utilizo en el sentido que le daba el filósofo Cornelius Castoriadis, que en los años 1980-1990 recurría a ella para explicar que ni siquiera en Occidente vivimos en una democracia:

El poder efectivo pertenece, sin lugar a dudas, a las clases capitalistas y burocráticas, pero este poder está limitado de muchas maneras, tanto por la institución formal de un régimen político [...] que garantiza la legitimidad de la lucha social y política y los derechos de los individuos [...], como por la institución efectiva de un tipo de individuo para quien la sacralidad del poder no existe: el hecho de cuestionar la autoridad es, formal y efectivamente, posible. Estos regímenes no pueden calificarse de democráticos: el término habría hecho reír tanto a Aristóteles como a Rousseau (e incluso a Madame de Staël y Benjamin Constant) [para quienes la democracia implicaba la actividad política del mayor número de ciudadanos y su participación efectiva en las grandes decisiones que orientan la vida social]. La representación es lo contrario de la democracia, y la pseudorepresentación aún más. Para la mejor teoría y filosofía política, se trata de oligarquías. Pero son oligarquías liberales en el sentido más fuerte del término<sup>15</sup>.

Para Castoriadis, este carácter liberal suponía una profunda diferencia con respecto a los regímenes autoritarios, que no se veían influidos por las reiteradas luchas por la participación ciudadana o la igualdad social. Pero también tenía claro que ese liberalismo relativo no era inamovible, y que limitar el poder de los estratos oligárquicos en Occidente sólo podía perdurar si surgían nuevas luchas que mantuvieran un equilibrio de poder. Hoy día resulta evidente que, en ausencia de tales luchas, la «crisis del Covid» y

---

*quienes toman las decisiones, etc. (n. del t.)*

15 Cornelius Castoriadis, «Spécificité et crise des sociétés occidentales», en *Écrits politiques (1945-1997) IV. Quelle démocratie?*, tomo 2, París, Éditions du Sandre, 2018, p. 121.

el inicio de un estado permanente de emergencia ecológica podrían marcar una importante regresión hacia un régimen oligárquico no liberal.

En cuanto al término «tecnocracia», permítanme repetir la definición que di en un texto de 2017, escrito tras la elección de Emmanuel Macron como presidente de la República:

Es este grupo de líderes políticos y económicos el que desempeña un papel crucial en la orientación y dirección del desarrollo industrial, y en la defensa de su ideología. Altos funcionarios y ministros, por supuesto, científicos e ingenieros («grands corps de l'État», en Francia), directores de escuelas de negocios y directores de agencias regionales, creadores de start-ups y ejecutivos de grandes grupos, periodistas económicos y publicistas... todos los cuales aseguran constantemente la promoción de este desarrollo ante la opinión pública, insistiendo machaconamente en que nuestra sociedad no tiene otra alternativa que seguir por el mismo camino<sup>16</sup>.

En ese texto, veía la elección de Macron como un paso crucial en la consolidación de este estrato social, así como un signo de la radicalización del desarrollo industrial y de los métodos mediante los cuales busca ser aceptado. Seis años después, estamos atrapados en la vorágine de esta radicalización de las clases dirigentes, que no es en absoluto exclusiva de Francia. Intentemos dar un paso atrás y comprender qué nos está pasando, qué fuerzas nos empujan, hacia dónde, y qué podemos hacer al respecto.

---

16 Matthieu Amiech, *La Technocratie en marche! Lettre ouverte à monsieur Albin Serviant*, Grenoble, Le monde à l'envers, 2017, p. 11.